

Monteverdi, puente entre dos épocas

Cuando Claudio Monteverdi abrió sus ojos a la luz, un día de la primavera del año 1567, acababa de llegar a un mundo sorprendente, contradictorio y paradójico, en el que le tocaría jugar un papel de brillante aglutinador.

Los pilares fundamentales de aquel mundo — Iglesia y Estado— habían sufrido una conmoción en sus bases. Nuevas corrientes y nuevas tendencias circulaban por los campos de la política, de la religión, de las artes y de las letras, enfrentándose a otras, que no por ser contrarias, eran menos poderosas.

El esplendoroso mundo creado por la sociedad renacentista, comenzaba a palidecer. Las tradiciones medievales, menospreciadas por los humanistas del Alto Renacimiento, afloraban tímidamente. Elementos y formas góticas reaparecieron en las bellas artes a fines del siglo XVI y en una extraña convivencia, mezcla de lo medieval y lo moderno, se iba fraguando el proceso que llevaría al **Barroco**. El papel que jugaría Monteverdi en esta etapa de transición hasta los albores del nuevo siglo, iba a ser decisivo. Si uno de los principales objetivos de la poesía y la música en las últimas décadas del XVI era «**despertar los afectos**», no cabe duda que Claudio Monteverdi consiguió convertirse en el blanco preferido de los detractores del nuevo estilo. Se le acusa de «introducir nuevas reglas, nuevos modos y nuevos giros en las frases resultando duros y poco placenteros al oído».

El siglo XVI ha finalizado. Una nueva generación tomaría las riendas de la vida cultural. Nombre como *Descartes, Galilei, Shakespeare, Cervantes, Góngora, Quevedo, Zurbarán, Rubens o Rembrandt* marcarán hitos en la historia de las ciencias, de las letras y de las artes. Monteverdi brillará con luz propia. Fue la gran figura de la nueva era musical que se iniciaba en los albores del siglo XVII. Artista equilibrado, poeta lírico, colorista dramático de la talla de un *Gabrieli* o un *Tiziano*. La gloria de Monteverdi ha sido comparada con la de *Dante y Miguel Ángel*. La moderna musicología le asigna un puesto junto a *Bach y Beethoven*, a *Wagner* o a *Verdi*.

Los acontecimientos surgidos en **Italia a finales del siglo XVI** no pueden ser considerados, solamente, como el prelude de una nueva era artística, si no más bien como el producto de una profunda evolución de la música en el mundo. En este sentido, podríamos afirmar que en esta época **se da uno de los muy escasos «cambios de rumbo»** que han sacudido a una sociedad tan evolutiva como la occidental.

En lo que se refiere a Monteverdi es evidente que no estuvo solo en el **paso de la polifonía «a la antigua» (la primera práctica), de concepción horizontal e igualdad teórica entre todas las voces del tejido polifónico, a la polifonía «moderna» en la que la melodía y el bajo continuo marcan las líneas maestras del pensamiento musical.**

El paso de la era del contrapunto a la edad de la armonía lo dieron, al mismo tiempo, muchos compositores, pero probablemente el más dotado fue Monteverdi. Todos ellos, sin embargo, hubieron de manejar, a la vez, ambos estilos según la función de la música que componían. Podríamos decir que los compositores se hicieron bilingües, y adoptaban uno u otro de los lenguajes según los destinatarios y el marco social de su música. **En principio, la música religiosa siguió manteniendo durante más tiempo el modelo palestriniano¹, mientras que la música profana y especialmente las nuevas formas de la ópera y la cantata prefirieron el nuevo estilo.** Pero esto es sólo una simplificación. Monteverdi escribiría música religiosa en el lenguaje o en el modelo antiguo y ello dentro de la misma publicación.

Quien quiso seguir las huellas de la esplendorosa polifonía sagrada y continuar escribiendo en estilo «a capella» tenía que renunciar a los recursos técnicos que se habían multiplicado. Quien quiso salir de aquel callejón —aparentemente sin salida— y emprender el nuevo camino de las modernas formas, hubo de prescindir de la aureola serena y austera que impregnaba al canto unitario. La mayoría, adoptó unas u otras según el momento. En el «cambio de rumbo» intervinieron, claro es, muchos y diferentes factores. En primer lugar, como en todas las artes del **Humanismo**, el prestigio de la **antigüedad grecolatina: aunque su música se había perdido, se sabía que no había sido polifónica y que había intervenido decisivamente en el teatro. Luego, el fuerte deseo de que los efectos destapados por los textos literarios cantados se expresaran con más libertad: el contrapunto no era evidentemente el vehículo ideal.** También, el papel más interesante e independiente que empezaban a jugar los intérpretes profesionales, tanto cantantes como instrumentistas, y el deseo de un arte más sensual y «naturalista», menos racional.

Monteverdi, a lo largo de una evolución que dura más de 60 años (de 1582, año de su primera publicación, a 1642 en que estrena su Coronación de Popea poco antes de morir), es probablemente quien ejemplifica mejor una trayectoria fascinante que hizo de nuestra música lo que luego fue.

Monteverdi, digámoslo de una vez, es el primer músico moderno y la falta de familiaridad con su música una grave carencia cultural de la que nadie debe enorgullecerse.

Inmaculada Quintanal

¹ Del compositor Giovanni Palestrina, principal exponente de la música religiosa católica en el Renacimiento, y maestro del contrapunto.